

Carta 16 de *Necesito contarte: cartas a Manuel Puig y los suyos* (novela inédita).

Patricia Bargeró, El esfuerzo conjugado Nro 1, primavera 2020

Hola amigo, cómo estás?

Agosto ha llegado con todo su peso. Este mes, intenso para mí, parece ahora más ajeno. La sequía, el viento, los incendios. La peste.

No sé si tienen por qué las cosas que nos pasan. Quizá solo sean obra del azar, de una asombrosa serie de casualidades, pero yo necesito encontrarles sentido. Me gusta creer que hay algo detrás, que sigue siendo misterio más allá de las explicaciones que cada tanto podemos darnos.

Desde la carta anterior no dejo de tenerte dando vueltas en mí, a vos, a mi abuelo. El modo en que aquellos hechos los afectaron. Vos pudiste ponerlo en palabras, las necesarias para seguir viviendo. Porque hay que seguir, aún con todo eso a cuestas, y aprender el modo de hacerlo sin violentar a otros por lo que hayamos sufrido.

Los observo desde esta lejanía y veo algo sacrificial ahí, en ustedes, como si hubieran sido los corderos, esta vez sin un Dios capaz de detener la mano que aferra el hacha o el cuchillo.

Me cuesta pensar que los adultos seamos tan incapaces de reconocer la violencia, de presentirla, para poder adelantarnos a ella y salvar al niño que corre peligro. Dónde estamos cada vez que un predador está al acecho. Por qué no lo vemos. Por qué no advertimos el desamparo de quien será la víctima.

Por qué a vos. Por qué a mi abuelo.

Recuerdo algo que sentí el día de mi accidente, mientras tomaba conciencia de lo que vendría. Viajaba con mi padre y mi hermana Graciela. Esa mala maniobra que hice al morder la banquina nos arrojó afuera del auto. El impacto podría haber afectado a cualquiera de los tres, sin embargo a ellos no les pasó nada. Solo algunos golpes o cortes con el vidrio del parabrisas que rompí al salir despedida. Y esa fortaleza, algo que se parecía incluso a la alegría. La convicción de que solo yo podría con lo que empezaba a abrirse. Algo a mitad de camino entre la locura y la omnipotencia.

Perdón por esta carta así, tan como los vientos que ahora nos golpean.

Pienso en los griegos, en su creencia de que todo lo que les pasaba era el pago por las desmesuras cometidas por sus ancestros. De algún modo es una explicación válida. No racional, algo que se sabe solo en el cuerpo.

En estas semanas se cumplen años de mi accidente, y desde entonces me pregunto por qué. No como un reclamo. Solo para entender. ¿Fue también un acto sacrificial? no alivió el dolor de nadie, no le evitó a mis hermanas pasar por lo que a cada una le ha tocado. Quizá sea retrospectivo y esté vinculado a la historia de hombres y mujeres que ni siquiera llegué a conocer.

Lo sorprenderte es que desde entonces tengo la certeza de haber sido por algún motivo la elegida. Una seguridad que me habita y lo llena todo. Quizá sea solo una ficción a la que nos atamos los sobrevivientes. Una superioridad estúpida que nos inventamos para no hundirnos.

Prefiero detenerme en vos. Desde afuera es más fácil hacer presunciones. Pienso en los hermanos de tu padre, en tu abuelo. Sé solo algunas cosas de Juan, el mayor, a quien tu padre le reclamaba protección y amparo.

Los pueblos chicos tienen estas cosas. Manejan cierta información de los demás que puede ser lapidaria. El rumor crece y se expande con tanta velocidad y fiereza que nos infecta a todos. Es despiadado, no siempre tiene un origen cierto, pero jamás podremos detenerlo.

No sé qué hay de verdad en todos esos dichos que circulan, pero los más viejos, los que llegaron a conocer la generación de tus padres, decían que Juan se dedicaba a la trata de personas. Que andaba armado y era de temer.

¿Cuándo empezó todo? No puedo creer que tu tío, de la nada, eligiera ocuparse en algo así. Pienso en el hotel que tenían en Fortín Olavarría. No era raro por esos tiempos que tuvieran mujeres que ejercían la prostitución. Pero es solo una conjetura mía, jamás escuché que alguien hiciera mención de eso.

Lo siento. Para comprender las acciones de Juan terminé ensuciando a los demás. Así nacen los chismes, de especulaciones extraviadas.

Observo a Baldomero, que trata de diferenciarse. No quiere ser como su hermano. Male insiste para que se instalen en La Plata, así él puede terminar el bachillerato nocturno y seguir abogacía, como desea. Se lo hacés decir a Berto en esa carta que termina hecha un bollo en el tacho de basura.

A tu padre el panorama se le presenta oscuro: enterrarse en una casa ajena, de favor, con un sueldo de hambre. Esas son las palabras que elegís para mostrar su agobio. Vivir esa vida de prestado durante siete años. No. Prefiere pelearla desde acá, armar una base firme para darte a vos y a los hijos que vengan lo que a él no le dieron.

Ver las cosas así, tan de lejos, me permite imaginar el devenir de tu vida como parte de otras tramas.

Lo supieras o no, todo ese mundo generado por tu tío, quizá también por tu abuelo, se fue metiendo tan adentro tuyo que necesitaste ser la víctima. Saberlo en tu propio cuerpo. De ahí los abusos padecidos.

Y tu homosexualidad, por qué no pensarla como una prueba para tu padre y los varones de tu familia. A Baldomero le costaba romper ese molde de masculinidad violenta aprendido en su casa. No bastó con el esfuerzo que él puso para tomar distancia, era necesario que pasara por algo más. Amar en ese hijo varón, al que él esperaba bien machito, la femineidad que sus hermanos y padre habían despreciado en tantas mujeres.

Tiempo atrás la biblioteca dio algunas charlas sobre el ejercicio de la prostitución en nuestro distrito y aparecieron datos interesantes. Una ordenanza municipal redactada en 1896 que rigió durante cuarenta años. El monto de las tasas que ya se les cobraba desde 1891. Eran el mayor ingreso del Municipio, el que recién se dedicó a regular su propio funcionamiento al año siguiente.

Leer esa ordenanza da escalofríos. Las prostitutas no podían ser menores de 12 años. Ni estar en la puerta o ventana de las casas habilitadas, tampoco salir en grupo a la calle, paseos o plazas. Si tenían hijos les permitían quedarse con ellos hasta que cumplieran los 3 años. Después debían entregarlos.

Las casas de prostitución se instalaban en las afueras. No debían levantarse a menos de ocho cuadras de templos, teatros y escuelas. Los lugares eran cerrados, sin marcas exteriores, con zaguán, puerta cancel y ventanas con postigos para que no se viera el interior. El cierre estaba reglamentado a la 1 de la mañana, momento desde el cual estaban obligadas a guardar silencio en el interior. Lo cierto es que esas mujeres trabajaban desde las 4 de la tarde a las 4 de la mañana.

La ordenanza no lo dice, pero en la práctica esas mujeres eran propiedad de la regente. Si intentaban escaparse o huían del lugar eran buscadas y devueltas por la policía. Las salidas a hacer compras eran bajo severa vigilancia, a la hora de la siesta, cuando nadie circulaba en el pueblo. Las traían en coches con cortinas, para que no miraran ni fueran vistas. Durante esas salidas estaban obligadas a usar ropa oscura y a hacer estricto silencio.

¿Alguna vez se habrán preguntado por qué a ellas? ¿Qué respuestas se habrán dado?

Cada vez que ingresaba una nueva debía notificarse al Municipio. Ellas y las encargadas de la limpieza, que también tenían libreta sanitaria y sufrían el mismo sistema de esclavitud, vivían detrás del prostíbulo, hacinadas. Con el dinero que ganaban debían pagar hospedaje, comida, ropa y protección.

Los días de control sanitario, que se llevaba a cabo dos veces por semana, el lugar se cerraba y quedaba habilitado solo para el médico, los funcionarios municipales, la policía y los estancieros.

En la biblioteca hay un censo de 1910 en el que aparecen once mujeres, tienen entre 23 y 49 años. Solo la mayor es casada, quizá la regente. Dos de ellas son polacas, una española y una uruguaya; las demás, argentinas. En la columna donde se consigna profesión u oficio figura *prostituta*. Transcribo sus nombres tal como aparecen: Sofía Baas, María Chávez, María Fuertes, Anita La Cruz, Ana Nier, Hilaria Pérez, Ana Peña, Raquel Paz, Elena Ricci, María Antonia Roberti, Flora Silva. Necesito nombrarlas, por lo que durante tanto tiempo preferimos callar.

Los viejos recuerdan a alguien más: Amalia Carzolio, conocida en el pueblo con el molesto apodo de Bicho Feo. La trajeron a Villegas en la década de 1920, a trabajar en el prostíbulo que había cerca del parque.

Uno de sus clientes se enamoró de ella y la sacó del lugar, paga mediante. Cuando el hombre murió su esposa e hijos reclamaron la propiedad en la que ella vivía y quedó en la calle. El hecho la trastornó, se dedicó a la mendicidad y el alcohol. Cuando los chicos se la cruzaban le

gritaban *Bicho Feo* y ella respondía levantándose sus largas polleras. Les mostraba su culo abundante, ya flojo, y les escupía todos los insultos de que era capaz.

Pienso en tu tío Juan, en ese viaje a España durante 1929, solo, sin su esposa. Por aquí dicen que fue a buscar mujeres. Era el trabajo habitual de los rufianes. En esas búsquedas por Europa llegaban incluso a casarse con ellas para que perdieran todo derecho sobre sus vidas y fueran propiedad del marido. Después las remataban en Buenos Aires o Montevideo.

La prohibición que se dio a partir de 1936 no terminó con la prostitución. Solo la volvió ilegal y la ató a más coimas y violencias de las acostumbradas.

Juan se instaló en Buenos Aires en la década de 1940, pistola reglamentaria en la cintura. Se ignora en qué trabajaba pero no es difícil suponerlo.

Chiquita Uriarte vivía a la vuelta de la vinería, y cerca de su casa estaba la de la modista. Recuerda una de esas salidas que hacían las mujeres, escoltadas por algún matón, para visitar los negocios abiertos solo para ellas.

Una tarde alcanzó a espiarlas. Vio los coches con sus cortinas cerradas. Vio a esas mujeres en esos vestidos negros que no lograban esconder los movimientos ampulosos de sus caderas. Escuchó la carcajada con que la más atrevida se animó a romper el silencio del pueblo.

Agosto es extraño. Más allá de la furia con la que se presenta suele adelantarnos alguna semana de primavera. Sé que el frío de días atrás volverá a aparecer, pero ahora el sol pica en mi patio y los pájaros andan alborotados, como si ya estuvieran en septiembre. Un sonido distinto haciéndose espacio en medio del invierno.